

de dominar el imperio, tenían una sombra de autoridad. La imagen del Capitolio, y el númen de la ciudad eterna los protegía con religiosa protección; el recuerdo de Augusto y de César resplandecía como una corona inmortal sobre sus frentes; el Senado los había visto nacer, y el pueblo los había aclamado al pie mismo del trono, como reflejos de su poder, como representantes de sus tribunos, como hijos predilectos de la plebe. Pero ¿quién era aquel nuevo emperador? Era un viejo gastado, un viejo decrepito, un viejo moribundo. ¿Quién le había levantado al trono? El ejército. Triste estado de una sociedad, en que el ejército se apodera de todo poder, y de toda autoridad, porque creyendo que solamente la fuerza puede resolver todos los problemas, cuando no allanan un obstáculo, ni vencen una dificultad, fian derecho, autoridad, justicia, poder, al filo de la espada que solo se satisface con sangre.

Roma se dolía de la inmoralidad de Neron y pretendía curar este mal con otra inmoralidad mas grave. Neron había ganado con espectáculos al pueblo, y sus enemigos con oro ganaban el ejército. No podía este camino acabar, sino en profundo y pavoroso abismo. Los móviles de las acciones humanas han de ser espirituales, íntimos y propios de nuestra naturaleza; porque si buscan su alimento en el oro, en el placer, en algo extraño á las ideas de justicia grabadas por Dios en nuestra mente, producen, por necesidad, obras raquíticas y perversas. Así el nuevo imperio, que se levantaba sobre la total ruina de la familia de los Césares, sin tener el brillo ni la autoridad del antiguo imperio, tenía en las entrañas un cáncer mas profundo é incurable, la inmoralidad del ejército. El pretoriano, sin mas idea que su propio medro, sin mal móvil que el oro, levantaba y derribaba emperadores, y entregándose á toda la veleidad de sus tornadizos instintos, quemaba un dia lo que adorara otro, y se alistaba allí donde oía sonar, ó mas dinero, ó mas dulces y regaladas promesas. Y para mas confundir el humano entendimiento con estos grandes misterios de la historia, el hombre destinado á representar tan extraordinaria y nueva fase del imperio, era un viejo, sin fuerza, sin poder, sin movimiento; mas preparado para la tumba que para el trono; un viejo, cuyos piés heridos por la gota no podían emprender una marcha, cuyas manos cansadas no podían manejar una espada, cuyo cuerpo devorado casi por sus males no podía sostenerse en un caballo, y cuyo espíritu, si bien conturbado y por la edad oscurecido, era mas para regir

por la ley una República severa y estóica que para sostener por el propio arbitrio un desorganizado é inmoral imperio.

Narremos, señores, los acontecimientos, seguros de encontrar en cada hecho una idea. La caída de Neron había producido diversos y encontrados sentimientos en la gente romana. Placía ver rodar en el polvo tan alto poder á los senadores perseguidos y humillados por el César; á los patricios, que veían morir todos los dias sus privilegios y su poder; á los infinitos desterrados que desde lejanas playas convertían en vano sus ojos á Roma humedecidos por amargo llanto; á los soldados extranjeros, ufanos con ver sus lanzas extendidas sobre el Capitolio, y con tener bajo su tutela el mundo, que olvidado del derecho se rendía á la fuerza; pero al mismo tiempo desplacía y descontentaba la caída de Neron al pueblo, que le amaba por su franqueza, por su liberalidad, por sus instintos, y por ver en él un tan grande enemigo de sus eternos enemigos; á los jóvenes elegantes y licenciosos de la ciudad, que habían pasado una vida deliciosísima en los festines y juegos, y pantomimas al lado del emperador; á los soldados de la ciudad mal avenidos con la funesta idea de verse reemplazados en poderío é influencia por los soldados extraños; y en general, todas las gentes poco dadas á novedades, que si bien odiaban á Neron, conocían que Roma, como un moribundo que se mueve en su lecho, perdía ánimos y esperanza de salud á cada esfuerzo que hacia por remediar su dolorosa suerte. Pero á los que convenia tener satisfechos y contentos era á los soldados; indicio seguro de la perdición de una sociedad el querer satisfacer ántes á la fuerza que á la justicia.

De acallar los clamores de esta gente se encargó el infame Ninfidio Sabino, que adulator un dia de Neron, como todos los aduladores, le abandonaba en la hora de los grandes infortunios. Ninfidio Sabino conoció que para mover el ánimo de aquellas gentes á respetar la obra de las extranjeras legiones, que se habían sublevado contra Neron, no necesitaba hablarles de justicia, ni de derechos, ni de amor al imperio romano; que no había menester de aquella antigua elocuencia patricia, cuyo ardor encendía en santo entusiasmo los corazones, porque todo se había perdido y se había gastado en los últimos tiempos de la República, por el escepticismo que consumía á la sociedad romana; conoció que las palabras sacratísimas de los antiguos tiempos quemarían sus labios, sin animar la conciencia ni la voluntad de los soldados; y perdida toda idea de dignidad y justicia, les arrojó el cebo del dinero para ganarlos á la devoción del nuevo emperador, de Gal-



ba, prometiendo siete mil quinientas dracmas á cada jefe, y doscientas cincuenta á cada soldado; promesas que realizadas y cumplidas, traian la salud del nuevo emperador, pero la perdicion segura é inevitable del imperio. ¡Triste sociedad, sin conciencia, sin derecho; entregada á todas las tempestades, falta de rumbo, incierta en sus ideas, llena de dolores y sin esperanza de remedio; volviendo siempre los ojos atras y sin ver el camino que tenia adelante; elaborando una idea de derecho, pero sin conciencia de esta elaboracion; para mas angustia; suspensa entre dos épocas como el infeliz que padece un vértigo entre dos abismos; sin poder, ni aún para confiar sus dolores al cielo; entregándose en su desesperacion al arbitrio de legionarios feroces, á las intrigas de cortesanos indignos, á las cábalas de mercaderes infames!

El nuevo emperador Galba habia subido al imperio por el camino de una sublevacion militar: camino sembrado de espinas, donde solo podia encontrar males, ó cuando ménos zozobras. Galba habia soñado con el imperio, porque los magos antiguos le profetizaron tan alta dignidad, pero su pereza era parte á matar estos ambiciosos pensamientos; rico, no codiciaba la agena hacienda, aunque conservaba con avaricia la propia; noble, tenia el orgulle de los patricios unido al recuerdo de sus antiguos privilegios; viejo, conservaba en el pecho la imágen viva de la República; gobernador de extrañas provincias, no las oprimia, pero las castigaba duramente; arreglado en su vivir, económico, hubiera sido tal vez buen padre de familia, pero el cielo le habia negado hijos; mas sin vicios que con virtudes, como dice admirablemente Tácito; jurisconsulto entendido ántes en las particularidades minuciosas del derecho que en sus grandes y universales principios; celoso en demasía por la justicia social, pues á un mercader usurero le cortó las manos y las clavó en su tienda, y á un tutor que habia matado á su pupilo le hizo morir en una cruz; débil hasta el punto de abandonar el imperio á sus libertos y favoritos; incapaz de hacer dafío, pero consintiendo que lo hicieran otros en su nombre; con intentos de restaurar la antigua disciplina, pero sin fuerza para cumplir sus intentos; nacido para otra República ménos turbulenta y gastada, Galba hubiera muerto querido y llorado, hubiera tenido sobre su tumba la corona de emperador, y en su nombre vinculadas muchas esperanzas, hubiera sido por universal consentimiento juzgado digno de dominar el mundo, si conociendo que su debilidad no era propia de época tan tormentosa ni su severidad bastante á curar corazones tan corrompidos, hubiera renunciado al imperio.

Galba debia levantar contra sí muchas pasiones. El pueblo estaba acostumbrado á Césares enemigos de la aristocracia, de los patricios; gustaba de la apostura, de la gracia, y hasta de la insolencia de Neron; recordaba con amor las fiestas, los juegos, los banquetes, el circo siempre abierto, el teatro entoldado de púrpura, cubierto de polvos de oro y minio; veía con entusiasmo cómo Neron dispendiaba sus caudales, cuando iba coronado de flores, envuelto en rozagante seda, en su carro de marfil, los inspirados ojos en el cielo, y la agitada mano en las áureas cuerdas de la lira; recordaba lastimosamente que Neron era el protector de los pobres, de los marineros, de los atletas, de los gladiadores, de los farsantes, hasta de los esclavos, en una palabra, de todos los seres degradados y envejecidos en la antigua sociedad; y un pueblo acostumbrado á todo esto, no podia ver con buenos ojos á un soldado, enfermo, gotoso, inmóvil, viejo, con un puñal siempre en el cinto, vestido austeramente, nada acostumbrado al circo, ni dispuesto á juegos y fiestas y teatros; menospreciador de la plebe, amigo de los aristócratas, avaro, que daba con desprecio unos cuantos sextercios á un flautista, que revocaba donaciones de Neron, que comia lentejas, que se servia con platos de barro, que mataba á los marineros despiadadamente, que no arrojaba ni un óbolo á los soldados, que habia venido á oscurecer ¿qué digo oscurecer? á matar la báquica alegría de Roma.

La entrada en Roma de este hombre habia sido ya funesta. Alguna gente principal habia pagado sus conjuraciones con la vida; casos sentidos mas que por la desgracia de los finados, por el desprecio que causaban en el emperador hácia las antiguas prácticas de los tribunales romanos. Unos marineros muy halagados por Neron, que le acompañaban en sus festejos, en sus expediciones por el mar Tirreno, en sus viajes á Grecia, salieron al encuentro de Galba á pedirle el cumplimiento de promesas neronianas, y fueron impiamente acuchillados en el camino, con lo cual puede asegurarse que entró ya salpicado de sangre, y por lo mismo cubierto de maldiciones, en la Ciudad Eterna. Los libertos y amigos mas íntimos de Neron, los que verdaderamente le perdieron y arrojaron aquella alma nacida para mas altos destinos en el cieno, fueron decapitados; pero se salvó, con gran disgusto de Roma, el mas criminal y el mas aborrecido, Tigelino. La vajilla propia de Galba era de barro, mas así que pudo gastar vagilla agena, la gastó de oro, lo cual daba márgen á que el pueblo le cantase sátiras en el teatro, ridiculizando esta mezcla infor-



me de esplendor y de avaricia. El derecho de ciudadanía era muy regateado por Galba; que á fuer de buen patricio no queria estender mucho el recinto de la ciudad, mas le dió de grado á los Galos, no sabemos si por lucro ó por agradecimiento. Llevado de una severidad, que rayaba en cruel, revocó todas las donaciones que en oro, en alhajas, en prendas de toda clase habia hecho Neron en su afán de prodigar y malversar los caudales públicos; medida, que llevó la confusión al seno de los pueblos, pues la gente, que las habia recibido, gente de poco dinero, las habia enagenado, y los compradores reclamaban con justo título la pertenencia de las alhajas, la legitimidad de estos dones.

Lo que principalmente perdía á Galba eran sus favoritos, gente de mal vivir y de pésimas condiciones. Muchos le rodeaban y todos bajo su amparo querian explotar á Roma. Era el principal Tito Vinnio, avaro, sensual, materialista; hombre que habia llevado sus liviandades hasta profanar la esposa de su capitán en el sagrado recinto del campamento, y su deseo de allegar riquezas y dinero hasta robar una copa de plata en un festin del emperador Claudio. Un ladrón, un usurero, un hombre de mal vivir, escándalo de Roma, afrenta de la sociedad, que vendía todo linaje de mercedes, que se aprovechaba de su privanza para lucrarse; era un peligro permanente para Galba. El escándalo fué tan grande que Tigelino, odiado de todas las clases, se salvó de la muerte, por haber comprado su vida al favorito del César, al ligero y corrompido Tito Vinnio. Al frente de este, se levantaba Lacon, prefecto del Pretorio, envidioso, orgullosísimo, enemigo de todos los amigos de Galba, descuidado, perezoso, y de una arrogancia tal, que humillaba á la gente mas ilustre, y de un amor propio tan desmedido, que creía despreciable y baladí toda idea, que no fuese de su mente, y toda obra, que no saliera de sus manos. Al lado de estos hombres, se encontraba tambien Icelo, para quien la privanza del emperador era como una gran mercancía, y el palacio de los Césares como un gran mercado. Y lo mismo acontecia á todos los esclavos, á todos los libertos, á todos los amigos, á todos los domésticos de Galba que vendían por oro los gobiernos de las provincias, las grandes magistraturas, la vida de los criminales, y hasta la verdad y la justicia.

Y esto era mas de estrañar, tratándose de un emperador como Galba que se distinguía por su avaricia; que habiendo recibido una corona de oro en regalo, la hizo fundir para ver si tenia en realidad el

oro que le habian dicho é hizo añadir á los que se le habian regalado dos onzas que faltaban; que licenció la cohorte germánica, fidelísima, por ahorrarse dinero; que suspiraba profundamente siempre que veía bien servida su mesa; que por toda recompensa regalaba un plato de legumbres á los mas fieles y antiguos servidores de su casa; que no queria pagar á las tropas de Roma la sublevación, porque decia que él habia conquistado, pero no habia comprado el Imperio. Las larguezas de sus esclavos le perdieron en el juicio de los nobles y senadores, y la propia avaricia le perdió en el ánimo de los soldados y de los plebeyos. Sus favoritos eran mas dilapidadores que Neron; pero dilapidadores con ménos fausto y ménos arte. El ejército esperaba en vano la paga prometida por haber consentido que Galba se elevara al trono del mundo. Los soldados, que habian gozado grandes preeminencias bajo Neron, que habian elevado en sus hombros al trono á Claudio, que participaban del general contento y de los universales festejos en aquella Roma tan alegre, incitados por el deseo de allegar oro habian levantado del polvo la púrpura imperial, y la habian puesto en los hombros de Galba, y cuando esperaban oro, honras, consideraciones, se hallaban despreciados, sin paga, sin el cumplimiento de ninguna de las promesas, tenidos en poco, obligados á levantarse en armas contra un emperador avaro é ingrato, que solo se curaba de su propio medro, y que habia dejado el timon del mundo en manos de infames esclavos, y audaces y corrompidos libertos. La esperanza de la paga les contenía alguna que otra vez en sus conjuraciones para sublevarse contra Galba; pero al ver burlados sus deseos, engañadas sus ilusiones, tascaban difícilmente el freno: que no hay cosa mas dolorosa que ver convertidas en falsías y engaños, esperanzas acariciadas por la imaginación como prontas á convertirse en realidad. Así es que en una ocasión, como al ofrecer en los juegos un sacrificio á los dioses, dijese el sacerdote la fórmula de "orad por que los dioses concedan salud al Emperador," los soldados murmuraron en voz baja, "si es de los favores de los dioses digno," palabras que eran un desacato á su autoridad, una amenaza á su poder. Y estos desacatos eran cometidos tambien por el pueblo, que en el circo consagraba el emperador, no votos solemnes, sino canciones satíricas, en que se burlaba de aquella su desmedida avaricia. El emperador así abandonado de todos, estaba en realidad, herido de muerte.

Galba pensó en restaurar la sociedad antigua, en hacer renacer del seno del epicureísmo una idea estoica en el Imperio. A este fin puso



sus ojos en un joven patricio, esperanza de las clases nobiliarias de Roma. Este joven, que se llamaba Pison, habia pasado los dias mas hermosos de la juventud en el destierro, y odiaba la tiranía. Su martirio era como una aureola de gloria, que cubria sus sienes, y elevaba su frente sobre todas las frentes. Era de la familia de Pompeyo, a cuyo nombre asociaba la nobleza los recuerdos mas hermosos de la República. La pluma aristocrática de Tácito se goza en delinear esta imágen como una luminosa esperanza, que flotaba sobre aquella negra noche, en que habia huido para siempre la libertad romana. Así lo trasmite á la posteridad, grave, severo, melancólico, taciturno, misterioso, imágen fiel y real de la idea estóica, en que gran parte de la aristocracia se habia refugiado despues de las amarguras que le trajera la caída de la República. En todas las palabras que se atribuyen de comun acuerdo á Galba, se siente el eco de la antigua República. La idea republicana cruza por la mente del viejo emperador; pero su brazo no tiene fuerza para esculpir en el espacio esa idea. Así, encomienda á Pison este legado, y al verlo joven y fuerte, se conmueven con una grata esperanza sus entrañas. Pison muestra no desear, sino merecer el Imperio. Elegido entre tantos, ni una palabra de entusiasmo cruza por sus labios, ni un rayo de alegría por su frente. Las palabras que Galba dirigia á Pison eran el resumen de toda la filosofía estóica. El gran principio de "no hagas á otro lo que no quieras para tí," fué grabado en la conciencia del joven, Galba muestra deseo de volver á comenzar la libertad perdida; pero conoce que el pueblo no puede ser ya enteramente libre, ni enteramente siervo. La adopcion se verifica ante los soldados; y ante los soldados y ante el Senado, Pison se muestra resignado en el campamento, respetuoso en el Senado. Su ánimo piensa sin duda refrenar la milicia y enaltecer la ley. Era esta una conspiracion contra la eterna lógica de la historia. En un dia querian destruir dos hombres medio siglo de acontecimientos, y de grandes revelaciones del espíritu. La Naturaleza, que tiene relaciones misteriosas é incomprensibles con la conciencia, cuando Galba presentó á Pison en el campamento, estalló en una gran tormenta, como protestando contra aquella conjuracion del hombre, que intentaba cortar la corriente impetuosa de los hechos. El estoicismo republicano lanzaba en Pison sus últimos fulgores, el postrer destello de su luz moribunda, que se estinguió al soplo de la Providencia.

En aquella sociedad existia la lucha entre dos ideas, entre la idea

estóica y la idea epicúrea. Los instintos epicúreos no podian estar por largo espacio de tiempo dormidos, y habian de disputar el paso á sus contrarios. La idea epicúrea, que llegara á su apogeo en Neron, personificóse en Othon, que habia auxiliado á Galba con esperanza de sucederle. Cuando lo vió la adopcion hecha por el César, ardió Othon en ira. Era este Othon un joven sensual, pródigo, disipador, bullicioso, enamorado, calavera, muy parecido á Neron en ideas y en instintos; compañero de los vicios de este; dado á ir por las noches de casa en casa y de calle en calle, inquietando á los pacíficos habitantes; sorprendiendo á las mas hermosas doncellas en su lecho; siempre en danzas, juegos, y festines; cargado de deudas, pues á sus ojos Neron era demasiado avaro y económico, y en prueba de esto, se cuenta que habiéndose inquietado Neron porque se habian vertido algunas gotas de una esencia muy preciada y costosa, al dia siguiente, la derramó Othon delante del César como agua en su casa; encubridor de los vicios de sus amigos, hasta el punto de tomar por mujeres propias las mas prostitutas mancebas; supersticioso como convenia á un amigo del pueblo y del ejército; afeminado en su vestir, sobre todo en su peinado, pero viril por carácter, y fuerte en los combates; hermoso de cara, si bien deforme de cuerpo; adulador de la plebe; codicioso del Imperio, no solo por el natural deseo de mandar, sino tambien por libertarse de la infamia, con el pago de sus deudas; imágen fiel del emperador que habia perdido Roma, de Neron, y por lo mismo popular, y deseado por todos los que anhelaban la dictadura plebeya, y la humillacion de la nobleza y el reinado del placer, único anhelo de aquella sociedad gastada y cancerosa.

Los ánimos en Roma solo habian menester para encenderse un soplo. Los soldados habian perdido la esperanza de cobrar el donativo, pues ni en el dia de la adopcion, día sagrado, les habia hecho Galba el más leve agasajo. La gente plebeya estaba aún de peor talante, cansada de aquella rigidez de principios en el César, y aquella liviandad de obras y acciones en sus libertos. El Senado, perdida su grandeza, no podia avenirse á su merecida servidumbre, y en cada nueva mudanza creia encontrar un nuevo remedio. Las legiones extranjeras, roto ya todo freno, habian en Germania desconocido la autoridad de Galba y proclamado la autoridad del gloton Vitelio. Los soldados de la marina, diezmados por el emperador tan sin justicia y sin consejo, aflaban sus armas ofreciéndolas al primero, que quisiera empuñarlas y esgrimir las. Galba estaba, pues, como tendido sobre un volcan, que



iba á estallar, y al impulso de la primer mano que abriese su ardiente cráter. Y esta mano audaz era la mano de Othon, sí, de Othon, que no tenia mas ansia que el Imperio, pues sin honra para merecerlo, aún le quedaba aptitud para alcanzarla. Sus labios estaban siempre abiertos para verter palabras de adulacion en el pueblo, y su bolsa abierta para derramar oro en el ejército. Su casa era el alojamiento de todos los disipadores, el festin de toda la gente alegre y de poco seso. Elocuente, audaz, ambicioso, gastado, no perdonaba medio para combatir á Galba, y pisar la cima de la Ciudad Eterna. Y todo el dinero, para preparar la conjuracion, lo allegó pidiéndole prestado á un esclavo del emperador. Sin gente casi, lo esperaba todo del odio del pueblo á Galba y del amor del ejército al oro. La conjuracion estaba tan preparada, que una noche al salir de un festin, se hubiera dado el grito á no impedirlo el temor de que se malograra por la oscuridad y la incertidumbre de las guardias pretorianas.

Por fin sonó la hora. Un dia de mediados de Enero estaba Galba sacrificando á los dioses y pidiéndoles la salud del Imperio; el fuego ardia en el altar, el humo del sacrificio se disipaba como una nube ligera entre las columnas; las entrañas de la víctima palpitaban; el sacrificador seguia con ojos ávidos el augurio; los libertos rodeaban al César, y á un lado se veia anhelante, fatigado por mil pensamientos mirando ora el ara, ora á la puerta, á Othon, que oia de los labios del augur su propio pensamiento, el anuncio de la conjuracion escuchada con frialdad por Galba, y con espanto por su gente. Despues de esto, á una señal convenida, abandona Othon el templo y el sacrificio, y se dirige al Foro. Una litera le conducia, pero sus esclavos no le podian llevar segun su deseo y su impaciencia, y abandonó la litera. Dióse á correr, y aunque se le soltó el calzado, sin punto de reposo, ni ánimo para detenerse, aceleró su carrera. Por fin llegó enmedio del Foro, al pié de la columna que era el centro de todos los caminos de Italia.

En aquel sagrado lugar, testigo de todas las glorias de Roma, donde quiera que Othon volviese los ojos encontraba ejemplos de fidelidad y heroismo, que mudamente condenaban su accion, pues allí se reunian para proteger al Imperio el rey de los sacrificios, que elevaba una incesante plegaria á los dioses para la salud de la Ciudad Eterna que Othon iba á perturbar; el templo de Saturno, donde se guardaba el tesoro que Othon queria dilapidar; el templo de César, del

fundador de aquel Imperio, que Othon queria profanar; el templo de Castor y Polux, consagrado á la libertad patricia, cuyo renacimiento Othon queria impedir; el tribunal del Pretor, donde se prestaba el juramento que Othon iba á romper; el lago Curcio; la estatua de Clelio y de Marco Trémulo; las imágenes de Sila y de Pompeyo; la tribuna de los Rostros, en que hablaron todos los grandes oradores; la estatua ecuestre de Augusto; los milagros de elocuencia, de heroismo, de grandeza de aquella Roma que Othon iba á prostituir; la imagen de los dioses patrios, del Olimpo romano, la figura de la loba que amamantó á Rómulo, todos los génijs que formaban el poema de aquellos dogmas que Othon iba á herir; el monte Capitolino, levantando en su cima los edificios que guardaban el alma de aquel derecho que Othon iba á pisotear; la vida, en una palabra, de la antigua Roma, de sus héroes, de sus guerreros, de sus oradores, de sus mártires, que parecian animarse enmedio de aquella tempestad para confundir á su degradado é indigno hijo.

La soledad de la plaza debia atemorizar á Othon; pero su ánimo resuelto no se dió á la duda, ni al desaliento. De un lado á otro corrían unos cuantos soldados dispersos, y aquellos soldados fueron el principio de una sublevacion que debia dar en tierra con el poder de Galba. Otro hombre de ménos alicento que Othon, al ver el escaso número de sus allegados y la magnitud de la empresa, hubiera retrocedido con temor y espanto; pero la desesperacion tomaba en él la forma del heroismo. La vida le era difícil sin el poder y la victoria. Así, cuando aquellos veinte soldados, que andaban sin norte por el Foro, le cogieron en brazos y le alzaron y emprendieron el camino de los cuarteles, donde estaba reunida la milicia, el ánimo de Othon creció como esas aves, reinas de los vientos, que vuelan con mayor empuje cuando la tempestad hiere sus alas. Los soldados, que andaban murmurando de la avaricia de Galba, de su tacañería, de su remision en pagar las donaciones prometidas, acariciando el puño de las espadas, hambrientos de venganza, aguardaban solo que cualquier ambicioso pretendiera el Imperio; y así que vieron al amigo de Neron, al epicúreo querido de todos los cataveras de Roma, al pródigo que tanto dinero les habia dado, le siguieron, le aclamaron, le ofrecieron la corona del mundo pendiente de su tornadiza voluntad. Y á pesar que en el camino se habian reunido soldados y gente, no era el número bastante, no ya para triunfar, ni aun para amenazar á Galba. Pero al ver el soldado que guardaba la puerta de los alojamientos militares



venir tanto tropel, un senador en una silla como en triunfo, espadas desnudas que centelleaban á la luz del sol, gentes inquietas, gritando como si acabaran de conseguir una victoria, franqueó el paso y entraron, y al ruido de tantas aclamaciones, unos por voluntad, otros por puro instinto de imitacion, siguieron á los conjurados, y fué obra de un minuto arrojar en el suelo la estatua de Galba, y poner en el s6lio á su competidor Othon. Este, con la mano saludaba al ejército, con los labios le enviaba plácemes y hasta besos; confundíase en el polvo, doblaba la frente, se rendía, se humillaba, se arrastraba á sus plantas, imprecaba á Galba, traía á la memoria el recuerdo de su avaricia, señalaba las ricas y hermosas casas de sus libertos, se entregaba á todo linaje de viles acciones y palabras para lograr el dominio de Roma.

Miéntas Othon subía al trono, Galba importunaba con sus plegarias á los dioses. El estóico emperador no era muy religioso, pues á pesar de las señales contrarias del cielo, había adoptado á Pison, y en aquel momento supremo en que se acababa su vida y su imperio, renacia como por instinto y sin conciencia, un sentimiento religioso en su seno. No bien había acabado el sacrificio, cuando llegó al palacio la noticia de la conjuracion. Galba al pronto, no quería creerlo; dudaba, temía y estaba indeciso, sin voluntad y sin pensamiento. Sus libertos mismos le hacían traicion en aquel instante supremo, y Tito Vinio volvía los ojos al nuevo astro. La gente popular, ansiosa de espectáculos, rodeaba el palacio, mas para ver aquella tragedia, que para auxiliar con sus fuerzas ó con sus deseos á Galba. Unos creían que debía echar mano de sus esclavos y de sus domésticos, fortificarse en el palacio, esperar allí el combate de los conjurados, é invocar allí auxilio del pueblo, herido en su emperador; pero otros creían que debía abandonar su palacio, ir, rodeado de majestad, delante de los conjurados, hablarles, prometerles paz, y lograr que cayeran rendidos por la persuasion á las plantas del amo del mundo. Galba no sabía qué hacer. La guardia germana le era hostil, por haberla despreciado; la guardia marina mas hostil aún por haberla herido y diezmado; y no confiando en sí mismo, envió para que le tocara el corazón á su hijo adoptivo, causa inocente de todos sus males. Miéntas estos hechos corren y suceden, se siente un gran rumor, la muchedumbre grita, las puertas caen á su empuje, el pueblo y los soldados inundan intercolumnios, pórticos y patios; el emperador tiembla, sus esclavos le rodean, la ansiedad y el tumulto crecen; pero en-

tre tanta confusion se adivina que Galba ha triunfado, porque de otro modo le rodearía el abandono, compañero del vencimiento; la soledad única amiga de la muerte. Y en efecto, entre tanta gente aparece un soldado, con una espada desnuda tinta en sangre, diciendo que había matado al enemigo del Imperio, á Othon. Este gran engaño fué obra de los othonianos, que se llevaron la mira de sacar á Galba de su palacio para mejor asaltarlo en calles y plazas, y tomar de él pronta venganza.

En efecto, Galba se cifó su cota de malla, colgó al cinto su inútil puñal, y como no pudiera moverse, entró en una litera, dirigiéndose á la insurrecta milicia. El pueblo había inundado las calles, y llevado de su curiosidad, ocupaba los atrios de los templos, las puertas de las casas, los pedestales de las estatuas y columnas, y hasta la cima de los grandes edificios, sin tumulto, como si recogiera el aliento para no perder ni una palabra, ni una escena de aquella gran tragedia. Importábale poco su nuevo dueño, y sabía que para él solo se trataba de la mudanza de nombre en su negra servidumbre. Entraba Galba por el Foro, cuando vió venir por la parte opuesta los soldados. Estos, sin consideracion ninguna á la majestad del Imperio, sin respeto á la vejez del emperador, como si pelearan contra un enemigo de Roma, como si tratasen de vencer algun príncipe extranjero, que hubiera hollado la augusta grandeza del Capitolio, ó herido á los dioses patrios; en medio del Foro, allí donde se levantaban tantos altares, y tantos tribunales, allí donde el númen de la Ciudad Eterna guardaba todos sus gloriosos recuerdos, allí donde resonaba todavía la voz sagrada de la República; en aquel templo, cuya tierra era polvo de los huesos de los héroes romanos, de los que dilataron sus victorias por todo el universo, en aquella tierra en que dormían tantas generaciones, en que había brotado la idea del derecho; allí aguardan á su emperador, como para mas ennegrecer su crimen, y le asaltan, y le derriban en el suelo, y le abren mil heridas, y lo pisotean, y le cortan la cabeza, no porque hubiese faltado á sus juramentos, no porque hubiera arruinado al pueblo, sino porque no había abierto la mano, para derramar en campos y plazas sus tesoros, único medio de conservar la corona que se vendía como en pública almoneda. Así murió Galba; cerca del lago Curcio, lugar respetado siempre por los romanos, como espacio de una de sus mas grandes glorias. Su cabeza fué metida en un saco, su cuerpo abandonado en el campo. Los mismos que



le habian aclamado victorioso, le injuriaban muerto; flaqueza muy propia de gente pervertida por el hálito de la servidumbre.

Mas la muerte por Othon deseada, era la muerte de su verdadero competidor, del hijo adoptivo de Galba; del aristócrata estóico y severo, de Pison. Este, vista la desgracia de su causa y de su gente, huyó á todo huir, y halló asilo en el templo de Vesta, merced á la misericordia de un esclavo. En aquel dia, y en aquel terrible trance, un esclavo no tenido por hombre en el juicio de la sociedad antigua, era el único sér que revelaba sentimientos de humanidad. Así se venga la naturaleza humana de las grandes injusticias sociales, que la desconocen ó la niegan. La obra del esclavo, si meritoria, fué inútil. En el mundo romano, es decir, en la tierra entera, no habia para el vencido un asilo. Al templo llegaron los othonianos, y en el templo fué Pison sacrificado. Cuando Othon vió la cabeza de su enemigo, respiró creyendo sancionada su victoria. Así murió aquella personificación del estoicismo antiguo, así se disipó aquella insensata idea de restaurar una aristocracia, que habia muerto. Esto nos enseña que las reacciones son imposibles, y que no basta para cohesionarlas una gran idea, ni para conseguirlas un gran esfuerzo; porque ni la conciencia ni la voluntad de los hombres pueden nada contra las leyes reales é inquebrantables de la historia.

Othon, fresca la sangre de sus enemigos, cubierto de cadáveres el Foro, entre los últimos gemidos de sus victimas, subió delicadamente compuesto y ataviado, á posesionarse de la sombra de autoridad, que andaba errante y confusa, á manera de alma sin cuerpo, sobre el Senado, y allí despues de invocar la antigua Roma, como si su alma se hubiera cerrado al remordimiento, y de recibir los loores y los plácemes de aquellos senadores indignos y serviles, declaróse dueño del mundo; y en aquel mismo punto se dirigió á su palacio, seguido de una muchedumbre inmensa, que le saludaba instintivamente por ver reproducida en él, como por predestinacion celeste, la imágen de Neron, y con esta querida imágen la esperanza de un imperio próspero para la plebe, y para la aristocracia trabajoso y adverso. Despues de este dia, el recuerdo de Neron fué una apoteosis, su nombre era repetido de boca en boca, sus estatuas levantadas en calles y plazas, sus hechos referidos por todos los plebeyos, su tumba ornada con mayores ofrendas; llegando á tal extremo el fanatismo, que Othon era llamado Neron por la plebe, y él mismo se gozaba en darse tal título; lo cual prueba que aquella sociedad no habia llegado á la paz, ni aun

en la esclavitud, y que la lucha de patricios y plebeyos iniciadas en los primeros tiempos de Roma, reflejada en los reyes, proseguida en la república, dilatada en las guerras civiles, se encarnaba con mas fuerza en el Imperio, heredero de la idea de los Gracos, los Saturninos, los Drusos y los Catilinas, que tantas revoluciones habian arrojado sobre la aristocracia, para obligarla á recibir el derecho, despues convertido en sangrienta dictadura, y en revolucion permanente por los varios sucesores de César, y en especial por aquellos que, como Neron, eran mas caros á la martirizada plebe.

Ya creo haber hablado del carácter de Othon; pero debemos insistir porque los hechos de estos hombres pintan un siglo y una idea filosófica. Othon era imágen viva del epicureismo. En la niñez se mostró indócil, en la pubertad liviano, en la edad madura ambiciosísimo, siempre desordenado. Su vida pasaba entre liviandades, pues cuando ménos mal hacia, se daba á toda suerte de lijerezas, manteando juntamente con Neron á los pacíficos ciudadanos que encontraba por la noche en las calles y encrucijadas. Una vieja esclava, que habia por sus ahorros alcanzado libertad, le dió dinero y la amistad de Neron, en cambio de su amor, si es que puede llamarse amor á ciertos tratos vergonzosos é infames. Suetonio nos pinta la amistad de Othon y de Neron de una manera que no es para dicha, porque el pudor no lo consiente. Neron encontró, cuando la muerte de su madre, en su amigo un cómplice dispuesto al asesinato; y cuando los amores de Popea, en su amigo un encubridor, dispuesto á la tercera. Pero como Othon se enamorase de Popea confiada á su custodia, se atrajo la ira del César. Despues fué desterrado, si bien al gobierno de una provincia. Allí se captó la benevolencia de los soldados con sus donativos, y venido á Roma con Galba, el amor del pueblo por sus dispendios y su lujo. Cuando subió al Imperio, subió el epicureismo con él, y al mismo tiempo las esperanzas del pueblo y del ejército. El pueblo y el ejército, como todas las muchedumbres que no saben distinguir la idea del hecho, que caminan á su fin con perseverancia, que no conocen los matices en su conciencia ni la incertidumbre en su conducta, que no saben amar ni aborrecer á medias, que se inclinan siempre á todo lo extremo, y por eso tienen tanta idoneidad para el heroismo, que caen pronto en los mas grandes crímenes y con igual facilidad se levantan á las mas altas virtudes, habiendo personificado sus ideas, sus aspiraciones, su vida en Othon, querian celarle, guardarle de todas las asechanzas, apartar su corazón del Senado y de